

RECUERDOS SALADOS

Cada vez que salgo del instituto paso por delante de la residencia donde está mi abuela y, cada vez que pienso en ella, me siento culpable.

Cuando era pequeña, me quedaba muchas vacaciones en su casa porque mis padres trabajaban. Un día, me despertó con muchos besos y un zumo de naranja. Luego, como todas las mañanas, compartimos nuestros sueños. Recuerdo el mío perfectamente: yo era una bella princesa sirena que recorría cada centímetro del océano y que hablaba con animales marinos. Se quedó pensativa al escucharlo, pero salió de su ensimismamiento con una brillante sonrisa y una mirada de complicidad. Y supe que aquellos ojos eran el prelude de algo muy divertido.



Me vistió rápidamente, cogimos las viejas bicicletas del trastero y pedaleamos hasta quedarnos sin aliento. Llegamos a una playa muy silenciosa y poco concurrida; mi favorita. Podías llegar a escuchar el canto de las sirenas si te quedabas muy callado y los destellos del mar se reflejaban en las rocas húmedas como traviesas luciérnagas. En la orilla, plagada de pedazos de conchas y piedrecitas, colocamos las toallas y clavamos la sombrilla. La abuela me embadurnó en crema solar y me dejó corretear

por la orilla en intentos de cazar cangrejos. Justo cuando hice ademán de meterme en el agua, me llamó: sonreía con unas aletas de plástico rosa en una mano y unas gafas y un tubo en la otra. Me lo puse rápidamente y me metí en el agua chapoteando y riendo de la ilusión. Para mi sorpresa, ella tenía unas aletas iguales.



Pasamos horas nadando y sumergiéndonos en el agua. Perseguí peces y la abuela encontró un dinosaurio de juguete cubierto de algas; lo bautizamos "Acua-Rex". Cansadas, nos encaramamos en una roca bajo el arco de piedra que formaba el acantilado. Allí nuestras palabras reverberaban como cánticos sirénidos. Encontramos unas ramas de palmera de la orilla con forma redondeada que, con unos pequeños ajustes, se

transformó en una corona. Con ella me sentía como una verdadera princesa y pensaba que los peces y corales se reverenciaban ante mí.

Después de un agradable almuerzo entre gaviotas y palmeras, regresamos a casa con el sol a la espalda. Al llegar, caímos rendidas en el sofá y vimos todas las películas de La Sirenita hasta ser derrotadas por el sueño. Y de este otro sueño despierto al llegar hoy a casa. Paso toda la comida pensando en la abuela y mi expresión se vuelve triste. Como toda buena madre, la mía leyó mi mirada.



—¿Qué te ocurre, cielo? Hay algo rondando por esa cabecita tuya —dice mientras me acaricia el pelo.

—Nada... Bueno, sí; la abuela. Hace tiempo que no voy a visitarla y por culpa del Alzhéimer me da miedo ver-la de nuevo. Soy una mala nieta, ¿verdad?

—Cariño, la abuela ya no será como antes, pero eso no significa que no sea tu abuela y que no la quieras con locura. Su memoria ya no es su punto fuerte.

—¿Y qué puedo hacer? El hecho de que no recuerde nada me aterra.

—Es muy probable que no recuerde lo mismo que tú... —Mamá se para a pensar por un momento y un instante después, reconozco el brillo de una idea en sus ojos—. Se me ha ocurrido algo. ¿Qué tal si recreas uno de nuestros recuerdos para revivirlo? Quizá así consigas que se acuerde de algo. Además, podría ser una buena idea para sacarla de la rutina. —La esperanza me ilumina la cara y me levanto repentinamente para abrazarla con todas mis fuerzas.

—Mamá, eres la mejor. ¡Tienes unas ideas brillantes!

Corro a mi habitación y me cambio de la ropa del instituto a una más “playera”. Busco en el baúl bajo mi cama y encuentro unas aletas, unas gafas de bucear y un tubo, además de a “Acua-Rex” — no tengo idea de cómo es que lo conservo —. Naturalmente no son las que me regaló aquella vez la abuela, pero no creo que pueda rejuvenecer siete años. Después, rebusco en mi hucha y saco algunas monedas para pagar el autobús; también dudo que mi abuela esté en condiciones de pedalear. Salgo rápidamente a la calle, no sin antes darle un beso a mis padres y corro hacia la residencia de ancianos. Llego a las puertas del edificio con apenas aliento y después de dar unos cuantos datos, el recepcionista me deja pasar a la habitación de la abuela. Subo escaleras y recorro pasillos a toda velocidad;

entonces, llego a la habitación 113. Respiro profundamente y, antes de siquiera llamar a la puerta, un hombre delgado y vestido de blanco sale.

—Oh, hola. ¿quién eres? ¿Vienes a visitar a África?

—Sí, soy su nieta Victoria. Me preguntaba si podría llevarla a dar un paseo por la playa —pregunto con timidez. Quizá después de todo este viaje no puedo salir con ella.

—De acuerdo, pero me temo que tengo que acompañaros, pues eres menor de edad. Por cierto, soy Tomás, el cuidador de tu abuela.

Después de eso, me pide que espere en la recepción, ya que va a vestir a la abuela. Un rato más tarde, tras haber dado las vueltas suficientes para marearme, escucho el timbre del ascensor. Cuando me giro, mis ojos se abren como platos y una sonrisa se abre paso en mi cara: mi abuela, que estaba sentada en una silla de ruedas, llevaba un vestido rosa chillón con flamencos y flores de todos los colores, unas gafas de sol amarillas y una pamelita extremadamente grande decorada con un lazo de rayas coloridas. Sé que ha elegido ella la ropa porque es como siempre le ha gustado vestirse; en mi opinión, con mucho estilo.



Sin quererlo, las lágrimas se me saltan y corro a abrazarla, aunque me para el hecho de que es posible que no me reconozca. Por eso, antes de hacerlo, me presento:

—Abuela... —Me cuesta hacerlo sin llorar. No había pensado en lo duro que iba a ser este momento —Soy yo, Victoria, tu nieta. He venido para hacer algunas travesuras juntas. —La abuela sonrío— ¿Puedo abrazarte? —Asiente.

Justo en ese momento me echo a sus brazos y me paro a recordar su perfume y a escuchar su respiración. Sus manos temblorosas me palmean la espalda. A pesar de querer que ese abrazo dure para siempre, me incorporo y guío a Tomás y a la abuela hacia la parada de autobús. Tras cinco minutos de trayecto consigo ver la playa a la que nos dirigimos. Ha cambiado mucho. Antes apenas la conocían unos cuantos lugareños y ahora rebosa turistas. Al abandonar la parada, siento el beso salado del sol en mi piel y respiro hondo. El ruido de las gaviotas y el murmullo

de la gente nos envuelve mientras avanzamos por la arena hasta un punto alejado donde podamos estar solos. Una vez allí, me tomo unos segundos para observar el paisaje: las orillas están cubiertas de cientos de sombrillas de diferentes estampados y tonalidades; a través del agua cristalina del mar se pueden distinguir decenas de pececitos de colores que saltan y nadan a toda velocidad entre las algas y rocas del fondo marino; el horizonte ahora está plagado de tablas de paddle surf y barquitos de vela. Finalmente, mi mirada se dirige al arco de roca del acantilado. Una sonrisa tira de mis comisuras al ver a todos los niños jugando y chapoteando.

La abuela está observando con curiosidad su nueva silla de ruedas que le permite avanzar sobre la arena sin resistencia. Tomás se sienta en una de las toallas y se pone a leer un libro, lo que interpreto como vía libre para hacer lo que quiera con mi abuela. De mi mochila saco las aletas y se las muestro a la abuela; en cambio, no las reconoce. Decido retarme a ir lo más lejos que pueda y llevarle la piedra más bonita que encuentre y ella acepta el reto con diversión.

—Mira lo que he encontrado —digo mientras le muestro una piedrecita blanca con betas negras—. Es preciosa, ¿verdad?

—Muy bonita, Victoria —dice admirando la roca. Esa frase hace que me emocione y que me motive para recrear lo mejor que pueda nuestro recuerdo.

La acerco a la orilla y chapotea con el vaivén del agua. Me pide que la acerque un poco más, asegurando que Tomás no se enterará, y eso me saca una risotada ya que me recuerda a mi antigua abuela. El cuidador me permite meterla hasta las rodillas y ella disfruta con ese avance. Le digo que somos dos sirenas en una playa desierta y con unas ramitas que encuentro, le hago una corona que le encajo en la pámela. Vuelvo a la orilla y cojo a Acua-Rex de mi mochila para dárselo a la abuela.

—¿Te acuerdas de él? Es...

—Acua-Rex. Lo encontré en esta misma playa. Contigo, pequeña Vicki —dice. El brillo que difuminaba sus ojos parece desaparecer y todo parece más nítido.

—¡Eso es! ¡Te has acordado! —La abuela se da cuenta de que ha recordado algo que estaba enterrado muy hondo y empieza a llorar y a reír a la vez; dos emociones encontradas. Me abraza con todas sus fuerzas—. Te he echado mucho de menos, abuela. Me he portado mal al no visitarte siempre que pude —digo entre lágrimas.

—Te quiero mucho, pequeña. Entiendo que te haya costado verme en esta situación. Pero mira lo que has conseguido— dice mientras me acaricia la cara— ¡Has conseguido que recuerde! Que te recuerde, aunque sea por un momento. Y es posible que dentro de una hora lo olvide, pero no dudes de que este momento está siendo maravilloso.



La abuela tenía razón: este momento era mágico. Lo disfruté tanto como aquella vez, aunque fuese totalmente diferente. Cuando empieza a caer la tarde, volvemos a la residencia cansados y felices. Caigo en el detalle de que la abuela está aferrada al dinosaurio de juguete y lo observa desde todos los ángulos posibles, como si no quisiera olvidarlo. Decido ponerle la película de La Sirenita mientras cenamos. De esta manera, igual que aquel día de verano, termina nuestro día repleto de recuerdos salados.

Ese día fue increíble y gracias al consejo de mi madre, seguí visitándola y recreando algunas de nuestras aventuras juntas. Casi todos los días tenía que presentarme, pero la tristeza que me daba eso desaparecía al hacerle aparecer una sonrisa o al recordarle algo. Aprendí que el Alzheimer era una enfermedad dura tanto para los que la padecían como para sus seres queridos, pero que, con cariño y paciencia, podía hacerla desaparecer al menos por unos minutos.

Nuestros recuerdos, más o menos enterrados, descansan y se mecen en nuestras cabezas como las olas de aquella playa en la que me convertí en sirena por un día.